

**FIESTA DE SAN JOSÉ**  
**19 marzo 2004**  
Carta a San José

Querido San José:

Celebramos hoy tu fiesta en toda la Iglesia. En el resto de nuestra sociedad también celebramos “el día del padre”. Y en el conjunto de la Iglesia, el día del Seminario. Hoy, querido San José, celebramos en nuestra pobre y sencilla parroquia tu día recordando que tu eres nuestro patrón, nuestro patrocinador. A veces pienso que de tal parroquia, tal patrón o patrocinador. Parroquia pobre, patrón pobre; parroquia humilde, patrón humilde; parroquia silenciosa, patrón silencioso. Mira José, tú a penas apareces en los evangelios; nosotros a penas aparecemos en la historia de la Iglesia. Tu, aparentemente, no tenías importancia alguna, ni relevancia; nuestra falta de importancia está sociológicamente demostrada. Me vas a perdonar, querido San José, pero a veces pienso que con un patrocinador como tú, pobre, sencillo, callado, justo, bondadoso, trabajador, humilde, honrado..., a nivel deportivo –por ejemplo- no te iba a elegir como patrocinador ni el equipo infantil de la última peña de fútbol de nuestro barrio. Pero nosotros sí que estamos contentos contigo, no solo porque eres muy callado y no nos das mucha guerra, sino, y sobre todo, porque uno de los nuestros fue elegido por Dios para ser el esposo de la madre de su Hijo y porque Dios te encomendó la educación de su Hijo juntamente con María tu esposa. Esto sí que tiene importancia. Y cuando Dios elige para tan extraordinaria tarea a un hombre sin muchos estudios, un trabajador sin especializar, un hombre pobre y sencillo, esto da que pensar. Tú, José, para empezar, eras de la dinastía de David que empezó en Abrahán. Tú, José, te convertiste en depositario inminente de la Promesa de Dios a tus antepasados patriarcas. Dios había prometido a Abrahán una descendencia más grande que las estrellas del cielo y darle a esa descendencia la tierra prometida. Pues bien, a esa descendencia perteneces tu y Dios te eligió “como esposo de María”, de la cual nació Jesús, llamado Cristo, el HIJO de la Promesa cumplida. Dios te eligió para, junto con María, cuidar y educar a Jesús, el Hijo de Dios... Jesús vivió bajo vuestra tutela durante muchos años. Tu le enseñabas el oficio, con María seguisteis su proceso educativo y de lo poco que sabemos es que no os resultó a veces anda de fácil. ¡Claro, estar de tutores de Jesús, el Hijo de Dios, el que era el cumplimiento de la Promesa hecha durante siglos a tus antepasados patriarcas, el que era el Mesías, el Ungido por Dios para traer la salvación, el que eligió, obedeciendo a su Padre del cielo, llevar adelante esa misión liberadora y salvadora para todos al estilo del Siervo... eso es muy fuerte. Ser elegido por Dios para, junto con María, ser la familia donde fuera educado el Príncipe de la Paz, Jesús, la Paz misma... ¡Cuánto no confiaría Dios en ti!

Pues mira, San José, como sabes, esta fiesta, tu fiesta, la celebramos hoy en toda España, pero de manera especial en Madrid y sobre todo en nuestro barrio, con el corazón encogido, con la mente confusa, con nuestro espíritu desconcertado, con las manos llenas de impotencia, con la respiración contenida y con lágrimas en los ojos. Lágrimas que nos saben amargas y lágrimas cuyo deslizar por nuestros rostros esculpen surcos de dolor. Ya sabes que nos visitó el terror y se nos llevó a 200 hermanos y hermanas y lastimó a 1.600 y arrugó el corazón de todos nosotros. Pero, querido San José, hoy queremos fijarnos en ti como educador y acogedor del Príncipe de la Paz. Tu hijo se preparó para revelar y manifestar la Paz de Dios que era y que ofrecía con las manos llenas a todo el mundo. Jesús, de quien tu fuiste su tutor y educador, llevó adelante su misión de la PAZ pasando él mismo por la experiencia del sufrimiento de la

violencia, de lo que significa la tortura, el látigo inmisericorde, el peso de la cruz y el desprestigio de todo el pueblo. Él nos ayudó a conocer que la verdadera PAZ en este mundo solo podrá existir crucificada. Pero también nos enseñó que, aunque la PAZ en este mundo existirá siempre crucificada, será también una Paz RESUCITADA. Nos ha dejado claro que en Él las víctimas de la violencia se convierten en semilla de verdadera paz y en caldo de cultivo de una sociedad constructora de justicia, de paz, de solidaridad, amor, perdón y vida. Pero esto que recibimos como regalado, como lo recibiste tu en Jesús, lo hemos de trabajar nosotros; hemos de cultivarlo, hemos de hacernos verdaderos constructores y educadores de agentes de paz. Y esto es lo difícil, No más que lo fue para ti. ¿Nos echarías una mano? Por lo visto, si nos fijamos en ti y acogemos tu testimonio, ya encontramos alguna pista: Fuiste un hombre de fe profunda y de confianza en Dios, en el Dios de la Justicia, de la Paz y del Perdón. Fuiste hombre justo; el justo en tu tiempo era el que cumplía la justicia de Dios, la voluntad de Dios (tan distante muchas veces de la justicia nuestra). Ante los acontecimientos que te sorprendían, no los dominabas y te sobrepasaban, fuiste el hombre de dejar hacer al misterio, al Espíritu, de no querer manipular la vida y de respetar a los pobres como tu –eso aparece de manera especial cuando te enteraste que María estaba en cinta y tu no habías tenido que nada que ver-. Tu eras el hombre del silencio oracional. Tu José, apareces en la Biblia como silencio. Silencio creativo, silencio que acompaña el camino, silencio que se gesta en el compromiso –me he enterado que a ti, como buen Galileo, no te gustaba la opresión ni la ocupación del imperio de Roma, pero tu compromiso no fue la espada, sino el amor...-. Así José, entre otras muchas cosas, tu dejaste a Dios ser Dios, tu fuiste, junto con María, educador de Jesús, el Siervo-Príncipe de la Paz. Ayúdanos a nosotros, con tu protección, a ser constructores de Paz y educadores de constructores de paz, justicia, solidaridad y perdón. Pide a tu Hijo que nos mande sacerdotes llenos de fe, comprometidos con los pobres y crucificados de este mundo y atentos a descubrir las heridas del corazón de los hermanos para darles a conocer al Príncipe de la Paz. Da un beso a María, a Jesús y a las víctimas de la violencia que el terror nos las arrebató.

Manolo Barco

Desde la Parroquia Patrocinio de San José  
Valleacas-Madrid